

rente, y su ímpetu y su empuje son tales, que todo tiembla y se humilla en su alrededor. Parece que presienten su caída las aguas, y como que protestan, como que aullan, corriendo á su suplicio.

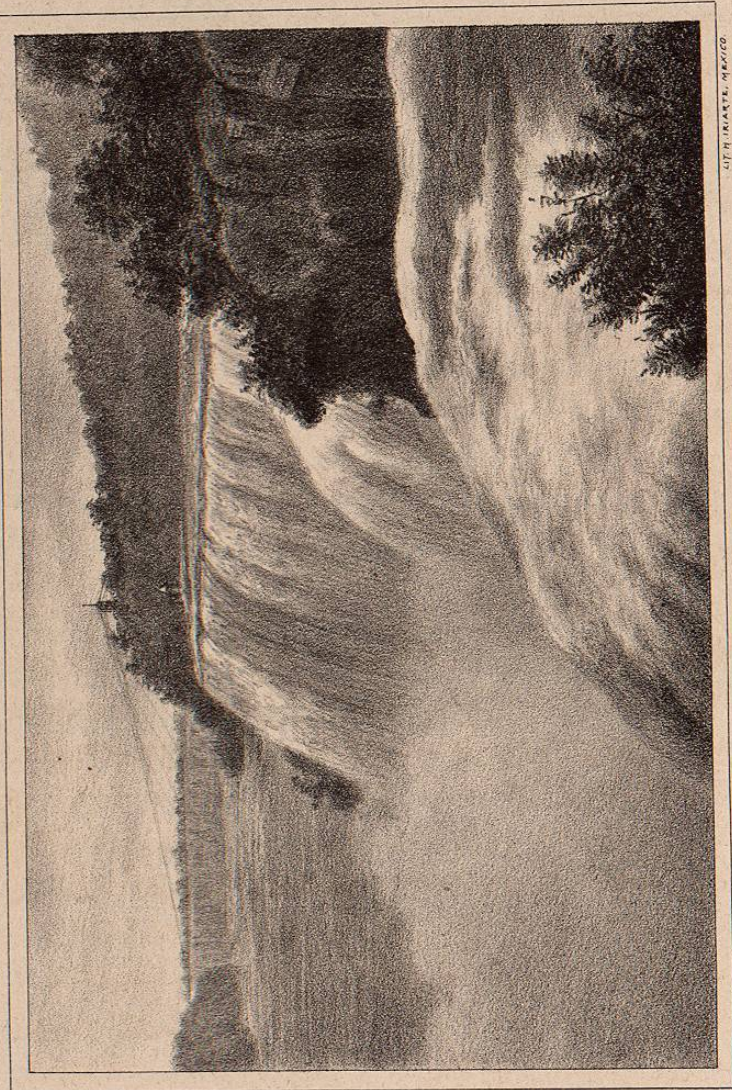
En la corriente de los siglos, en el impetuoso torrente del tiempo, ¿qué son las generaciones? ¿qué más da unas cuantas olas más ó ménos de esos que se llaman los días y los años? ¡Miserable humanidad! ¡Risibles ensueños de inmortalidad mundana!

¿Qué es lo que impera en medio de este cataclismo? El infinito . . . el infinito . . . ! Dios . . . Dios . . . !

Grande, profundísima impresion hizo en mí el Niágara; pero no sé por qué la vista de este torrente me sobrecogió más y me sentí grande cuando me llenaba de ella, la podia abarcar con mi alma y la superaba en mis aspiraciones á identificarme con la Eternidad y Dios . . . . .

Atravesé el corredor de madera y salté á una roca que está coronando la caída de la catarata: allí hay unos fierros en ángulo perfecto, estribando en fuertísimos pilares tambien de fierro: el balcon permite inclinarse sobre las aguas, recogiendo los últimos instantes del torrente al precipitarse en el abismo de la sombra pálida de la caída.

En aquel lugar, y no obstante que el viento me importunaba y los últimos rayos del sol caian sobre mí, revistiendo las olas en hirvientes corrientes de púrpura y de llama, trabé mi brazo á uno de los pilares, saqué mi cartera y escribí con mi lápiz los siguientes versos, que no tienen otro mérito que ser un desahogo de mi corazon:



El Niágara.

EN EL NIÁGARA.

¡Silencio! el infinito! el infinito!  
 Te miro al fin aquí, y átomo débil  
 Ante este golfo hirviente,  
 Donde mil ecos con tu voz resuenan,  
 Do tu mirada omnipotente brilla,  
 Reverente se dobla mi rodilla  
 Y al polvo pego mi altanera frente!  
 ¡Gran Dios! gran Dios! desprende de mi seno  
 Un cántico sublime,  
 No con la voz del mísero que gime:  
 Con la pompa magnífica del trueno.  
 ¿Ondas, de dó venís? De otras regiones  
 Correís como en tumulto despeñadas,  
 Os revolveís en contorsiones locas,  
 Y gemís al chocar despedazadas  
 En los pechos gigantes de las rocas?  
 Del Océano en vehemente descarrío,  
 Prófugas ondas, ¿con feroz bravura  
 Escalar pretendísteis el vacío,  
 Ebrias por el despecho y la locura?  
 ¿O vibraciones de himno al infinito  
 Que el mundo alzara en entusiasmo intenso,  
 "Dios!" vais clamando en sempiterno grito  
 Hasta perderos en el mar inmenso?  
 Esas voces sin labios que se escuchan:  
 Esos cuerpos informes que se agitan:  
 Esos grupos que llegan, que reluchan,  
 Y al abismo en tropel se precipitan  
 Envueltos en la bruma,  
 Alzando montes de revuelta espuma!...  
 Esas furias de luengas cabelleras

Que visten ropas de ópalo y de gualda,  
 Que al morir nos contemplan hechiceras  
 Con sus ojos divinos de esmeralda!  
 Esas rocas de frente enaltecida  
 En trono de granito presidiendo,  
 Como mirando en sempiterna vida  
 Siglos y siglos á sus piés corriendo! . . . .  
 ¡Augusta Majestad! la tierra en vano  
 Tiende los brazos y te sigue amante;  
 Parece que á desviarte del destino  
 A tí se acerca temerario el pino,  
 Y al verte despeñar, su voz que gime  
 Se une al acento de tu voz sublime.  
 ¡Ay! este es el espanto, es el suicidio  
 De la corriente, el delirar tremendo  
 Que se agita entre aullidos y terrores;  
 Que lucha, sus tendones retorciendo,  
 Y que esperanzas, ilusion, fulgores,  
 Pasan fugaces cual la vida pasa,  
 Como esa leve y delicada gasa  
 En que el iris derrama sus colores.  
 Cuánto más dulce, caudoloso río,  
 En tu existencia sosegada fueras,  
 Música dando al blanco caserío  
 Y regando las verdes sementeras.  
 Acaso no escucharas de la gloria  
 Los mil acentos que tu pompa inspira;  
 Pero acaso no hallara tu memoria,  
 Ecos de vanidad y de mentira.  
 Silencio! y hable Dios: él es tu canto,  
 Y son tus aguas su sublime coro:  
 Los mil recuerdos en que tierno adoro,  
 Niágara, te consagro con mi llanto!

Mayo 4 de 1877.

GUILLERMO PRIETO.

• Eran las últimas horas del día: con la luz del crepúsculo muriendo en los claros del distante horizonte, cobró el paisaje una majestad melancólica y sublime que embriagaba el alma con el infinito del amor y el ensueño.

Recorrí al paso, mejor dicho, ví las otras islas que llevan el nombre de "Las tres Hermanas" y otras, y regresé al hotel, rendido de sentir.

Recogido en mi cuarto, abrí mi cartera, y yo mismo me reí de las apuntaciones que hice frente á la "Herradura;" apuntaciones que son la prosa más pedestre que pude hallarme, á fuerza de buscar exactitud. Tiene la palabra mi prosaica cartera:

"Como si brotaran de un mundo desconocido, así se ven á lo léjos las aguas. Parece que se ha desquiciado el Océano.

"Abre sus brazos el agua y sorprende á las islas, que como que forcejean por huir de la corriente, dejando despedazados encajes á sus piés.

"Es deliciosa la vista de la espuma trémula y brillante sobre el verde oscuro de las aguas, que se redondean como cilindros de esmeralda en la parte superior de las rocas.

"El iris no lo ví como lo pintan, es decir, como un arco inmenso ciñendo la frente de la catarata; vuela en fragmentos, como si entre las aguas se hubiese despedazado el prisma.

"El abismo como que nos magnetiza y encadena, nos estira, da miedo, como que aprisiona.

"El estruendo es la voz del Niágara y como la revelacion de su grandeza.

"Al verse la catarata, se ve despeñar una inmensa cortina blanca y caer lentamente á plomo.

“El agua pierde su carácter: es como una inmensa y gruesa sábana con hondos pliegues.

“El torrente invade, batalla, se despedaza. La catarata sucumbe. . . . El agua verdiosa que corre á sus piés es cenagosa, vulgar, es la prosa; más aún, el bostezo.

“La gran catarata tiene realmente la figura de una escuadra: sobre ella se dobla el agua, se guillotina el río. La corriente cae como en copos, en vellones formando canales, y cae con un rumor sordo que pone espanto en el alma.”

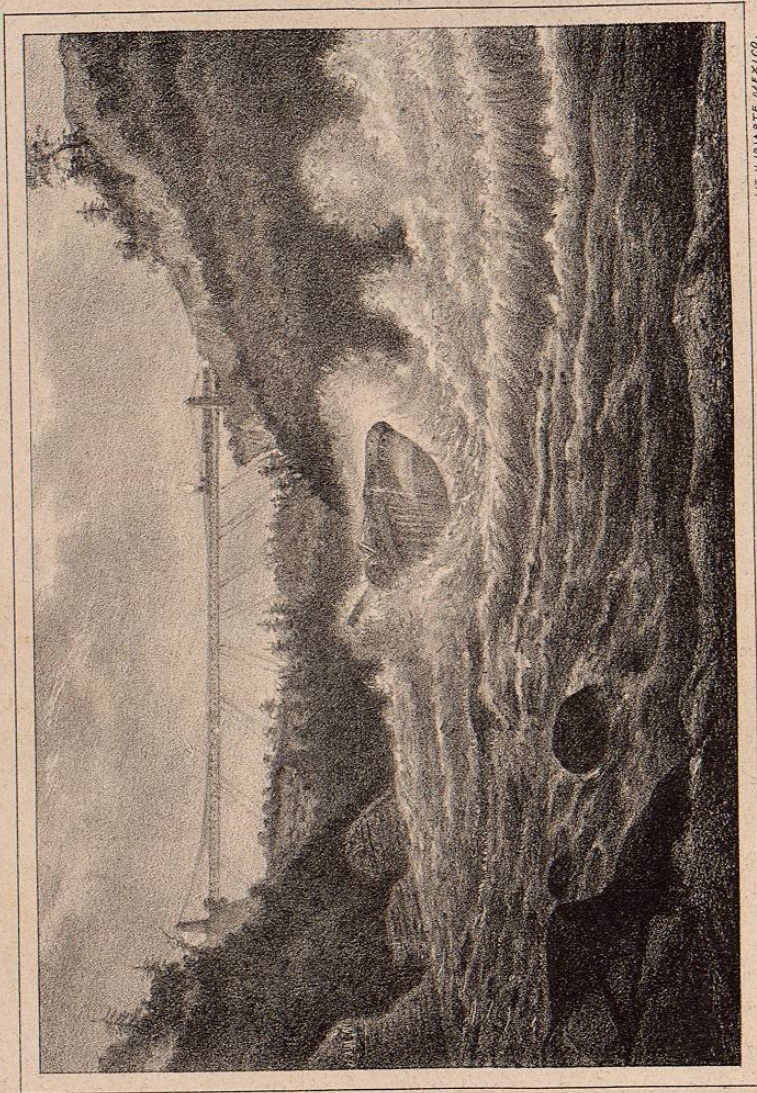
Así como la intensidad de la impresion que produce la catarata no permite su prolongacion, así despues de haberse visto quiere volverse á ver de nuevo, como para iniciarse en sus intimidades, como sucede con el mar.

Yo queria que aquel espectáculo grandioso fuera para mí solo, hacerlo mio, absolutamente mio, como si se tratase de una querida.

Preocupado con este pensamiento, me puse de acuerdo con el portero del hotel, y á las dos de la mañana me hallaba en el pretil de ladrillo saliente que ya conocemos al comenzar nuestra excursion.

Allí ví un guardia con su farolillo, que me examinó con marcada desconfianza y me siguió constante.

La luna brillaba entre nubes, el grande estrépito retumbaba en las tinieblas, y las casas cerradas, y los caminos solitarios, y las copas de los árboles dominando sobre el abismo, ofrecian un cuadro de encanto indefinible. Volví al hotel, y allí escribí los versos que siguen y dediqué á mi excelente amigo Néstor Ponce de Leon:



El Niágara.

---

## AL NIÁGARA.

---

En la noche me despierto  
Por ver si la noche puede,  
Hacer sombra que remede  
La majestad del desierto.

Porque á contemplar no acierto  
Tu grandeza soberana,  
Entre la rutina humana  
Que ruin en tu torno gira,  
Y que miétras más te admira  
Parece que te profana.

---

Monstruo de horror que del cielo  
Sublime te precipitas,  
Y que tumultuoso gritas  
Haciendo temblar el suelo.

Loco afan, eterno anhelo  
De pasar para perderte ;  
Que en tu congojosa suerte  
Agitada y combatida,  
Vas como huyendo á la vida  
Sin descansar en la muerte.

---

Llegas en marcha altanera  
Por éntre hondas soledades,  
Y vienen las tempestades  
Persiguiendo tu carrera.

Y cuando tu pompa impera  
Rasgas el hirviente seno ;  
De horror y soberbia lleno  
Te lanzas en el abismo,  
Espantado de tí mismo,  
Entre gemidos de trueno.

En tu ciego descarrío,  
Hecho el corazon pedazos,  
Tiendes al campo los brazos  
Y lo aprisionas impío.

Al estrecharlo bravío  
En tu avidez impaciente,  
Se contempló en tu corriente ;  
Y en sus deliquios divinos,  
Coronó de excelsos pinos  
La majestad de tu frente.

¿ Qué quiere el tropel errante  
Envuelto en la blanca bruma,  
Entre montañas de espuma,  
Entre el tumulto irritante ?

Es un mar agonizante  
En terrible batallar,  
Es de la onda el delirar,  
El retorcerse, el sufrir . . . .  
Es que me siento morir  
Mirando morir al mar.

Llega rio cristalino,  
Raudo, tempestuoso, hirviente ;  
Despues inclina la frente  
Entregándose al destino.

Grande el Hacedor divino  
Tras velo sutil desata  
Como un sudario de plata,  
En que el iris sus colores  
Rompe entre los resplandores  
De la hirviente catarata.

A su pié la miré atento  
Creyendo, sobrecogido,  
Que caia ante mi fundido  
Y en tumbos el firmamento.

En el discurrir violento  
De aquel raudal infinito,  
Como de un mundo maldito  
Creyó ver mi mente loca,  
Los cartílagos de roca  
Y los huesos de granito.

¿ Qué es el hombre ? qué la suerte ?

¿ Qué es el ciego devaneo ?

¿ Qué los sueños del deseo ?

¿ Qué es la vida, qué es la muerte ?

Dios poderoso, Dios fuerte !

Aquí te encontró mi amor :

Guarde este abismo, Señor,

Como signo de victoria,

En esos ecos tu gloria

Y en las aguas tu esplendor.

Tú morirás : habrá un día  
Que alumbre la luz serena,  
Sobre tu lecho de arena  
Tu congojosa agonía.

La frenética osadía  
De ese tu girar incierto  
Se extinguirá en el desierto,  
Contemplándote la gente  
En tu esqueleto doliente,  
Como se contempla un muerto.

¿A qué nuestra vanidad,  
Mirando en tí al iris bello,  
Lo interpreta como el sello  
De la augusta eternidad?  
Morirá tu majestad  
Del tiempo al fatal vaiven,  
Y te hundirá su desden  
En los abismos profundos,  
Con el polvo de otros mundos  
Y con mi polvo también!

GUILLERMO PRIETO.

Mayo 5 de 1877.—Son las tres de la mañana.

A la salida de la luz, saludé reverente al 5 de Mayo, con mi pintor entusiasta, que amaba la memoria de Juárez y que lo mencionaba unido siempre á Garibaldi, en ese idioma de cielo que hablaron el gran Dante y mi querido Ludovico Ariosto.

#### XIV

Camino de Albany.—Fábrica de Remington.—Albany.

A las nueve de la mañana se anunció el lujosísimo tren de Albany, y hétenos en marcha, confundiéndose el rumor de los wagones y el estruendo del Niágara, con los gritos de la locomotora que parecían vitorear la gran maravilla de Dios.

Corriendo iba nuestro tren, cuando Gomez del Palacio y Lancaster le alcanzaron, no sin grave riesgo, dando muestras de rara agilidad.

Yo, en circunstancia tan crítica, me habria quedado sembrado en el suelo como una papa.

Aunque me dijeron que íbamos á pasar por Rochester, Siracusa y Palmira, que son poblaciones interesantes, yo me